

II. EL SANTUARIO EN LA ÉPOCA VISIGÓTICA

1. Establecimiento de los visigodos en España

La invasión de los pueblos bárbaros supuso una amenaza de disgregación del dominio imperial romano. En el otoño del 409 invadían España los suevos, alanos y vándalos, sembrando el horror y la destrucción. Eso no impidió que ésta siguiera —salvo el reino suevo de Galicia—, bajo el dominio del emperador romano de Occidente hasta la entrada de los visigodos en el año 472 en la Tarraconense: Eurico conquistó Barcelona mientras su enviado, el conde Gauterico, ocupaba Pamplona y Zaragoza. La capitalidad siguió en Arlés. Fueron extendiendo su soberanía por las otras provincias. La gran oleada de penetración popular con mujeres y niños en la Meseta se produjo en el 494. Amalarico estableció la capitalidad en Barcelona (531). Atanagildo la trasladó en 560 a Toledo. Profesaban el arrianismo²⁴⁸.

Recordemos aquí que en el año 541 los reyes francos Childeberto y Clotario con gran contingente de tropas realizaron una incursión por España y volvieron como triunfadores a París con la túnica ensangrentada del mártir Vicente²⁴⁹.

Como consecuencia de la invasión se originó la convivencia pacífica de las dos razas: la visigótica y la hispanorromana. Los primeros se arrogaron la condición de nobles y los dos tercios de tierras. Consideraron, además, como timbre de gloria mantener sus características raciales. En los centros en que moraba un fuerte contingente visigodo se daba duplicidad de obispos: cada uno regentaba las iglesias de su credo. La convivencia hizo que los visigodos fueran aceptando la lengua y escritura latinas y la cultura superior de los dominados. Llegó un

²⁴⁸ Aguado Bleye, P., *Manual de Historia de España I*, p. 345.

²⁴⁹ S. Gregorio de Tours, *De Regibus Francorum*, ML. 71, 263.

momento en que se consideró ventajosa la fusión de los dos pueblos creando un espíritu nacional.

Leovigildo (573-586) se propuso lograr esa integración a base de la unidad religiosa, pretendiendo imponer el credo arriano a los católicos. El único obispo que se doblegó a los halagos del monarca y apostató de la fe católica fue Vicente II de Zaragoza. Destituido inmediatamente, fue consagrado para sucederle Simplicio. Téngase presente que en las iglesias de Zaragoza no se interrumpió el culto católico ni hubo obispo arriano. La oposición de los arzobispos Masona (Mérida) y Leandro (Sevilla) fue intrépida y, tras la ejecución de Hermenegildo en Tarragona en la Pascua del 585, el monarca reconoció la inutilidad de los medios violentos para el logro de sus aspiraciones²⁵⁰.

Su hijo **Reccaredo** (586-601) a los siete meses de subir al trono abrazó el catolicismo, adoctrinado por el arzobispo Leandro. En ese año 587 reunió en sínodo a los once obispos arrianos y les invitó a aceptar el dogma católico; así lo hicieron ocho de ellos, tres se mantuvieron recalcitrantes (Mérida, Toledo y Narbona). Con el fin de hacer una abjuración solemne de arrianismo convocó el tercer concilio de Toledo para el 8 de Mayo del 589. Asistieron 62 obispos y 5 vicarios. Presentó ante ellos, en nombre propio y de todo el pueblo visigodo, la profesión de fe católica, que fue leída por el secretario. A continuación la firmaron el rey, la reina, ocho obispos y varios nobles. Hay quien considera este hecho como uno de los más importantes de la historia de España²⁵¹. De este modo se logró la unidad religiosa de godos e Hispanorromanos en el catolicismo. La unidad de legislación se consiguió con el *Liber Judiciorum*, corregido por el obispo Braulio y publicado por Recesvinto el año 654²⁵².

2. La catedral de Santa María, sede esplendorosa

Durante la época visigoda hubo en Zaragoza cuatro centros religiosos; el edificio de Santiago, la catedral de Santa María, la iglesia de San Vicente y el monasterio de Santa Engracia.

Afirma el padre Fita: «*La catedral de Santa María, sede del obispo Senior, trasciende a la época visigótica, porque los musulmanes no consentían a los cristianos erigir nuevas iglesias*»²⁵³. Podemos hacer extensiva esta afirmación al

²⁵⁰ Aguado Bleye, P., o. c., p. 350.

²⁵¹ González, T., *La conversión de los visigodos al catolicismo en H.^a de la Iglesia en España*, dirig. por R.G. Villoslada, p. 410.

²⁵² Aguado Bleye, P., o. c., p. 370.

²⁵³ Fita, F. *El Templo del Pilar y S. Braulio de Zaragoza*, BRAH, t. 44, año 1904.

edículo de Santiago ya que la valiosísima afirmación de Aimoino implicaba la presencia de ese edículo, del cual provenía a la catedral su primacía de origen. Por consiguiente, en esa catedral de Santa María tuvieron su sede los obispos de Zaragoza durante los siglos VI y VII. El documento de 1272 confirma que el obispo Braulio estaba enterrado en Santa María.

Entrado ya el siglo V, las autoridades religiosas de común acuerdo con las municipales y sintonizando con el sentir del pueblo determinaron adaptar la curia en templo cristiano, en memoria de la sangre derramada por el arcediano Vicente, y la denominaron **basílica de San Vicente**. Al erigirse esa iglesia quedó dividida Zaragoza en dos distritos parroquiales. Los de la parte occidental —la región postica de los romanos— concurrirían a la catedral de Santa María; los de la parte oriental —la región antica— a la iglesia de San Vicente, ubicada donde la actual La Seo; de ella nos informará Eugenio de Toledo. La iglesia de Santa Engracia era martirial, no parroquial; adosado a ella se edificó un monasterio. Por la estrecha unión de la catedral con la santa Capilla nos detendremos un poco en sus prelados.

Esplendor de la sede Zaragoza en el siglo VII

En el siglo VII los obispos de Zaragoza destacaron en el ámbito nacional por su saber, santidad y dotes de gobierno. Como varones ilustres merecieron reseñas biográficas de escritores contemporáneos. Empezaremos por Máximo, quien gobernó la diócesis desde el 592 al 619. De él escribió S. Isidoro que compuso muchas obras en prosa y verso. Señala en particular un relato de elegante estilo de los hechos ocurridos en España desde la invasión de los visigodos²⁵⁴. Este dato sirvió a Ramón de la Higuera para inventarse un falso cronicón.

En su escuela episcopal se debieron formar tres hermanos: **Juan** (581-631), **Braulio** (585-651) y **Fronimiano**. Hacia el 610 elevaron el vuelo. Fronimiano, aspirando a una vida de mayor perfección, se retiró al monasterio de San Millán de la Cogolla, bajo la dirección del abad Citonato, a quien sustituyó posteriormente en el cargo²⁵⁵. Braulio se marchó a Sevilla atraído por el prestigio de la escuela del arzobispo Isidoro. Allí, con el contacto diario con el doctor de Hispania, aprendió cuanto se podía en aquella época y le suplicó con las máximas instancias que publicara aquellas enseñanzas en un código²⁵⁶. Juan, con el apoyo del prelado, estableció un monasterio al amparo de la iglesia de Santa

²⁵⁴ S. Isidoro de Sevilla, *De viris illustribus*, c. 46.

²⁵⁵ Lacarra, J. M., *o. c.*, p. 99.

²⁵⁶ Lynch, C. y Galindo, P., *S. Braulio, obispo de Zaragoza*, p. 28.

Engracia. «**Institutor sanctae vitae**» le llama Braulio en el prefacio de la vida de S. Emiliano. Organizó la vida monástica redactando una regla a la que tenían que sujetarse todos. Fijaba el ideal del monje.

Los monjes formaban una comunidad de vida sin distinción de clases. Dividían la jornada entre la oración y el trabajo. Añadiremos una palabra sobre la escuela monacal para que no se confunda con la episcopal. Existía la costumbre de que tal o cual padre ofreciese a Dios un hijo de tierna edad como oblato en el monasterio. Otros ingresaban por propio impulso. A cargo de esos niños estaba el monje pedagogo. Debía dar instrucción de las letras junto con el ejemplo de las virtudes. En la escuela monacal se impartían las enseñanzas elementales de leer escribir, contar, y el dominio del latín eclesiástico²⁵⁷.

Uno de los monjes más esclarecidos de este monasterio fue **Eugenio**. Había nacido en Toledo el año 600. Su padre ejerció cargos importantes en la corte de Chindasvinto. Estudió en la escuela episcopal hasta los 20 años. «*Siendo egregio clérigo en la catedral primada, se sintió atraído por la vida monástica*», escribe S. Ildefonso²⁵⁸. Oyó hablar de un excelente maestro de espíritu que había fundado un cenobio sobre las tumbas de los mártires de Zaragoza. Un buen día, sin dar cuenta a nadie de su determinación, desapareció de Toledo y se presentó al abad de Santa Engracia. Durante once años (620-631) se consagró con afán «*a la realización de su ideal monástico y al estudio de la sabiduría divina*»²⁵⁹. Le gustaba escribir versos. Fue poeta de vena fecunda. Hay quien lo califica —Pérez de Urbel— como el más inspirado y delicado de su tiempo.

Juan sucedió a Máximo y gobernó la diócesis durante una docena de años (619-631). Es gráfica la expresión de Ildefonso de Toledo. «*Primeramente fue padre de los monjes y fue arrancado de este cargo para ser consagrado obispo*»²⁶⁰. Intervinieron en ello el pueblo y el clero de Zaragoza. De Santa Engracia pasó a vivir al palacio episcopal, junto a Santa María. Confió la función de arcediano a su hermano Braulio, que había vuelto ese año de Sevilla.

Leamos la semblanza que S. Ildefonso redactó:

«*Era docto en las sagradas letras y más inclinado a enseñar de palabra que por escrito. La unción del espíritu divino se manifestaba constantemente en su exterior tanto que los que llegaban a conseguir de él alguna merced se despedían más satisfechos por el gusto de verle y oírle*

²⁵⁷ Pérez de Urbel, J., *Los monjes españoles en la Edad Media*.

²⁵⁸ S. Ildefonso de Toledo, *De viris Illustribus*, c. 14.

²⁵⁹ *Ibidem*.

²⁶⁰ *Ibidem*, c. 6.

hablar que por el don recibido de sus manos. Compuso algunas piezas litúrgicas en prosa y verso adornándolas con bellas melodías»²⁶¹.

Cuando murió este bondadoso prelado, Braulio le erigió un magnífico mausoleo y encargó a Eugenio el epitafio para grabarlo sobre él. El poeta, al mismo tiempo que puso de manifiesto sus sentimientos de afecto y admiración, trenzó un hermoso panegírico.

«Tanto por su nombre como por su espíritu nos recordaba a Juan Bautista. Sobresaliente en doctrina, brillante por su virginidad. Bondadoso de corazón, apacible de rostro, comprensible de espíritu. Sencillo con prudencia y sabio con sencillez. Se le consideraba tan insigne en todas las ciencias que hasta la culta Grecia tenía que inclinarse ante su saber»²⁶².

3. Braulio, lumbrera de Zaragoza

Por su excepcional importancia Braulio merece un apartado. A la muerte de Juan el pueblo y el clero de Zaragoza lo aclamaron por obispo: tan excelente había sido su actuación en el arcedianato. Veinte años (631-651) estará al frente de la diócesis y brillará como astro de primera magnitud. Al verse en puesto de tanta responsabilidad determinó tomar como colaborador a su amigo Eugenio. Esto suponía un desgarró en el alma del monje, pero no podía desatender al apremiante ruego del superior. Se verá metido durante quince años en el trajín del gobierno de la diócesis.

Una de las primeras preocupaciones de Braulio será la de dar vida a la escuela episcopal. Un siglo antes, el segundo concilio de Toledo había estatuido:

«Los que en sus primeros años son ofrecidos por sus padres para el estado clerical, tan pronto como fueren tonsurados y encargados del oficio de lectores, deberán ser instruidos en la casa de la iglesia bajo la vigilancia del obispo».

Como se ve, los estudiantes vivían en el palacio y formaban parte de la familia clerical del obispo. Es evidente que el grupo sería reducido. El canon 24 del concilio IV de Toledo, al que asistió Braulio, mandaba:

²⁶¹ *Ibidem.*

²⁶² S. Eugenio de Toledo, *Epitafio al obispo Juan*, MGHAA. Carmen XXI, p. 248.



San Isidoro de Sevilla.



San Braulio de Zaragoza.

«Los que se preparan para clérigos, ya sean adolescentes ya púberes, todos juntos han de ocupar una habitación de la casa (...) bajo la dirección de una persona madura, que sea para ellos maestro en la ciencia y modelo de vida».

En el palacio episcopal existían habitaciones para la biblioteca, la farmacia y el scriptorium. Braulio tenía predilección por los libros. Había reunido unos 450 códices que los guardaba en unos catorce armarios²⁶³.

¿Qué plan de estudios se seguía en esta escuela? Las materias se acomodaban al nivel cultural de los alumnos. A los del primer grado se les enseñaba a leer, escribir, contar y la lengua latina. La enseñanza media comprendía el **Trivium**: la gramática (el estudio de latín como lengua literaria), la retórica (elegancia del lenguaje) y la dialéctica (el conocimiento de la naturaleza). El **Quadrivium** (Aritmética, música, geometría, astronomía) formaba la enseñanza superior, al que se añadían los Cánones y la Biblia. Estos estudios estaban orientados a la formación del clero²⁶⁴.

Isidoro trabajaba en sistematizar todas estas materias. A Braulio le consumía la impaciencia al no recibir la obra solicitada pues ya en el 625 le había escrito:

«Te pido y ruego con todo encarecimiento que, acordándote de tu promesa, me envíes el libro de las Etimología que, según he oído, has termi-

²⁶³ Lynch, C. y Galindo, P., o. c., p. 173.

²⁶⁴ *Ibidem*, p. 31.

nado con la gracia de Dios, porque sé muy bien que trabajaste en él en gran parte a instancias de tu siervo»²⁶⁵.

Pero por azares de la fortuna esta carta se perdió. De nuevo en una larga epístola del año 632 interpela a su maestro:

«Con la mayor humildad pido a tu apostólica eminencia que me escuche con bondad (...) Si no me equivoco, han pasado ya siete años desde que te estoy pidiendo, a lo que recuerdo, los libros de las Etimologías escritas por ti. (...)

(...) Te suplico con el mayor encarecimiento que me otorgues lo que te pido, si no por mí, al menos por el amor infundido por Dios por el que nos manda conocer y darlo todo»²⁶⁶.

La contestación fue conmovedora:

«Cuando recibí tu carta la abracé y la leí y di gracias a Dios por tu salud (...) Te envió el códice de las Etimologías. No lo he podido corregir a causa de mi enfermedad. Dejo a tu cuidado el hacerlo»²⁶⁷.

Efectivamente, Braulio dividió las Etimologías en 20 libros y las publicó en el 637. Con este tesoro entre sus manos logró que la escuela episcopal de Zaragoza fuera la más prestigiosa de España una vez desaparecido Isidoro, que falleció el 26 de abril del 636 a los 72 años de edad.

Donde más destacó Braulio fue en los concilios toledanos. Asistió al cuarto (633), al quinto (636) y al sexto (638). Durante el séptimo (646) no se movió de Zaragoza. Se le considera como el hombre más versado en jurisprudencia tanto canónica como civil de su tiempo.

De rector de San Vicente a metropolitano de Toledo

Al comienzo de su prelación Braulio encomendó la dirección de esta iglesia al arcediano Eugenio. Como rector de ella le incumbía la celebración de la misa dominical, la predicación de la homilía y organización de los servicios religiosos. Se encariñó Eugenio con su iglesia y le entusiasmó tanto el heroísmo del patrono que le dedicó un himno litúrgico cuyo título resulta ilustrativo: «A la

²⁶⁵ Madoz, J., *Epistolario de S. Braulio*, ep. III.

²⁶⁶ *Ibidem*, ep. V, p. 81.

²⁶⁷ *Ibidem*, ep. VI, p. 86.

basílica de San Vicente, donde según la tradición fluyó su sangre». Este himno, al que se aplicó una bella melodía, se cantaba en la fiesta patronal.

«¡Gloria a nuestro ínclito patrono, Vicente, mártir bienhechor, nuestra única esperanza! Purpúreo por tu sangre, mereciste el níveo cielo y seguir al Cordero immaculado. Tu sagrada pasión elevó tu nombre hasta los astros; ella sea la protección de tu pueblo. Aquí se conserva aquella sangre que fluyó de tu nariz y nos la dejaste en prenda de tu cuerpo. Aquí guardamos aquella túnica que, como la fimbria de Cristo, cura con sólo tocarla. Intercede para que aquí nuestras culpas merezcan el perdón y consigamos la bienaventuranza eterna»²⁶⁸.

Veintiséis años de exuberante vida le habían identificado a Eugenio con Zaragoza. Su nombre recorrió España en alas de su gran cultura, de su estro poético, de su prudencia en asuntos de gobierno y de su santidad de vida. En esto vacó la sede primada. A finales de verano del 646 un mensajero del rey Chindasvinto llegaba a Zaragoza con la designación de Eugenio como arzobispo de Toledo.

Braulio quedó abatido: le arrebataban el báculo de su vejez y el deseado sucesor en el cargo pastoral.

Dirigió al rey una patética carta suplicatoria poniendo en juego toda su diplomacia y arte literario para tocar su corazón:

«La orden de tu alteza me arranca la mitad de mi alma y me quedo sin saber qué hacer a mi edad. Se me nublan los ojos, me faltan las fuerzas, se me evapora la ciencia. Te ruego que no lo separes de mí (...). Su ausencia será irreparable en esta ciudad. (...) Yo ya no estoy para nada»²⁶⁹.

Ingeniosa fue la contestación de Chindasvinto. Le manifestaba que su elocuente súplica, tejida de bellísimas palabras, demostraba el estado esplendoroso de sus facultades mentales, por lo tanto no tenía motivos para retener en su sede al arcediano Eugenio. En cambio él poseía argumentos convincentes para procurar con el máximo empeño su nombramiento como arzobispo²⁷⁰.

Braulio tuvo que resignarse. Sentidísima fue la despedida. Quedaba como única esperanza una intervención divina. Envío con Eugenio una nueva súplica al glorioso rey Chindasvinto:

²⁶⁸ S. Eugenio de Toledo, *De basilica S. Vincentii in Caesaraugusta*, ML. 87, 362.

²⁶⁹ Madoz, J., *o. c.*, ep. XXXI, p. 152.

²⁷⁰ *Ibidem*, ep. XXXII, p. 154.

«Ya que acostumbras a socorrer a los afligidos, enviamos a tu presencia a Eugenio no sin esperanza de que lo restituyas a tu patrono S. Vicente a aquel servicio que desempeñó hasta hoy»²⁷¹.

Braulio alude a dos basílicas de San Vicente: a la de Toledo, en donde es patrono del rey, y a la de Zaragoza, en donde lo es de Eugenio.

Dos datos nos confirman el rectorado de Eugenio: 1.º) Este llama a san Vicente su ínclito patrono, señal de que estaba adscrito a esa basílica de Zaragoza en representación del prelado y emplea la primera persona: aquí guardamos tu túnica. 2.º) La frase de Braulio pidiendo al rey que lo restituya a San Vicente para que siga ejerciendo el cargo que hasta la fecha había desempeñado en la dicha basílica.

Braulio recibió con serenidad la muerte: eso respira su última carta dirigida al abad Fructuoso. Sobrevino el fallecimiento el 18 de marzo del 651. Su cuerpo fue sepultado, según un códice del siglo XIII, en la iglesia de Santa María, debajo del altar de Santiago que él había edificado²⁷².

4. El argumento negativo del silencio

Duchesne esgrimió este argumento contra la predicación de Santiago. Z. García Villada lo aplica a la Visita de la Virgen a Zaragoza. Lo considera importante ya que callan el hecho de la aparición Idacio, Orosio, Juan de Viclara, S. Isidoro de Sevilla, S. Ildefonso de Toledo, S. Braulio y Prudencio, que parece debían registrarlo. Y añade: «Causa extrañeza el que Braulio no aprovechara cualquier ocasión para escribir algo sobre un acontecimiento tan glorioso como el de la Virgen del Pilar»²⁷³. Aquí está precisamente el error de García Villada. En el siglo VII el objeto de la tradición pilarista se centraba en un edículo insignificante de 4 x 2 m, situado en descampado donde se echaban desperdicios, lugar inhóspito fuera de las murallas. ¡Qué tenía que decir Orosio sobre este edículo!

Analicemos un poco esa objeción considerada de calibre. No está tan claro lo del silencio de los obispos de Zaragoza en el siglo VII. Al hablar en el capítulo II de la **Oración conmemorativa** dijimos que existe mucha probabilidad de que pertenezca al rito visigodo, en cuyo caso sería su autor uno de esos obispos. De Juan escribe S. Ildefonso que compuso algunas piezas litúrgicas. Una de ellas pudo ser la Oración conmemorativa. Esta oración contiene los tres elementos

²⁷¹ *Ibidem*, ep. XXXIII, p. 156.

²⁷² Lynch, G. y Galindo, P., *o. c.*, p. 350.

²⁷³ García Villada, Z., *o. c.*, p. 69.

esenciales de la tradición pilarista. Los bolandistas decían que esta oración es tan antigua que se ignora su principio²⁷⁴.

Ya hemos indicado que es más que probable la existencia del edículo de Santiago a la vera de la catedral de Santa María. Va de por sí que esa existencia lleva consigo el conocimiento de la tradición pilarista no sólo por todos los zaragozanos, sino también por todos los obispos que concurrían a los concilios toledanos y sus fieles. La naturaleza de ese hecho lo exige.

Por lo tanto, el silencio de Braulio no se debe a la ignorancia sino a otras causas. A nuestro parecer los obispos de Zaragoza no se ocuparon de este asunto porque no se trataba de la enseñanza de una verdad dogmática, ni de principios morales, ni ofrecía interés de actualidad histórica por ser perfecta y universalmente conocida por los fieles, ni la santa Capilla tenía relevancia alguna como edificio ni interés funcional, ya que no se utilizaba para el culto público. Estaba en la mentalidad de aquellos tiempos —hasta la hipercrítica del siglo XVIII— que a una tradición no había por qué tocarla ni escribirla, pues no había motivo que impulsara a ello; bastaba respetarla. Eso ha hecho el pueblo siempre y sigue haciéndolo respecto a la tradición pilarista; ya dijimos que ésta se transmitía de viva voz y no por escrito.

Es gráfica en este sentido la respuesta de Felipe II. Visitó a la Virgen del Pilar en 1585 con tres de sus hijos. El domingo de Quincuagésima fue con mucha pompa al templo. Oyó misa y al venerar la Columna preguntó sobre los testimonios que había de la Venida. Un prebendado le respondió que el mayor testimonio era la tradición. Felipe II contestó: «*Si hay tradición, eso basta*»²⁷⁵. Lo refiere el notario apostólico que le acompañaba.

El primer relato apareció a finales del siglo XIII y lo escribieron los canónigos regulares del santuario en latín en forma de catequesis. Después de un silencio tan prolongado, ¿por qué lo redactaron? No precisamente para darlo a conocer ya que todos los aragoneses profesaban un inmenso amor a Santa María del Pilar y comían a besos la venerable Columna. Se vieron precisados a hacerlo para evitar una confusión entre los peregrinos. Se había generalizado como lengua coloquial el romance aragonés. A lo que hasta entonces se llamaba *Columna* en latín se denominó *Pilar* en romance y *Santa María del Pilar* a la Santa Capilla. Hacía falta aclarar a los peregrinos que Santa María del Pilar era la misma iglesia que edificó Santiago. El documento fue redactado según el gusto de la época, con mucha imaginación y viene a ser una exaltación de la tradición pilarista.

Por lo tanto, el argumento negativo del silencio, tan importante para García Villada, se queda en vacío completo.

²⁷⁴ Risco, M., *España Sagrada* XXX, p. 79.

²⁷⁵ Gutiérrez Lasanta, F., *Historia de la Virgen del Pilar II*, p. 788.